

# Modos de ser

## Teoría del “mu”

Ignacio Solares

Para entender ciertos sentimientos hay que ponerles nombre. Por ejemplo, el que provoca la vergüenza ajena. Me sucede sobre todo en el teatro cuando un actor se equivoca o se tropieza: yo, como él, me pongo rojo, la boca se me amarga y busco, casi como un reflejo automático, de dónde detenerme o la línea que ha escapado a mi (su) memoria.

Un día lo comenté con un amigo y me aclaró:

—Eso es muy normal y se llama sentir “mu”.

A partir de entonces ubiqué el sentimiento, así como en la adolescencia es necesario que alguien nos diga: “Eso se llama estar enamorado”, para ubicar el enamoramiento.

El “mu” había sido hasta entonces un sentimiento difuso, incorpóreo, que imaginaba poco frecuente en los demás. Al conocer su nombre descubrí también su universalidad. Las personas con quienes lo he comentado reaccionan como yo, chasquean los dedos y exclaman: “pero, claro, por supuesto, yo sabía que ese sentimiento debía tener un nombre”.

Alguien me contó:

—En una fiesta de fin de año en la primaria, un compañero salió al escenario, hizo el gesto ostentoso, con una mano crispada, de disponerse a recitar... y luego no sucedió nada. Se quedó así, como en el juego de las estatuas. Todos esperábamos expectantes, pero no recordó el poema que, luego me enteré, había ensayado durante dos días. Yo sudaba, me removía en mi asiento, sufría tanto como él. Pero mi mayor acceso de “mu” fue, cuando, a pesar de su frustrada actuación, ¡le aplaudieron! Entonces no pude evitar soltarme a llorar, ante el asombro de mi ma-

dre que no entendía tal afectación por lo sucedido con un niño que ni siquiera era mi amigo.

Otro me dijo:

—Hace unos años un amigo organizó una fiesta de disfraces. Un día antes avisó

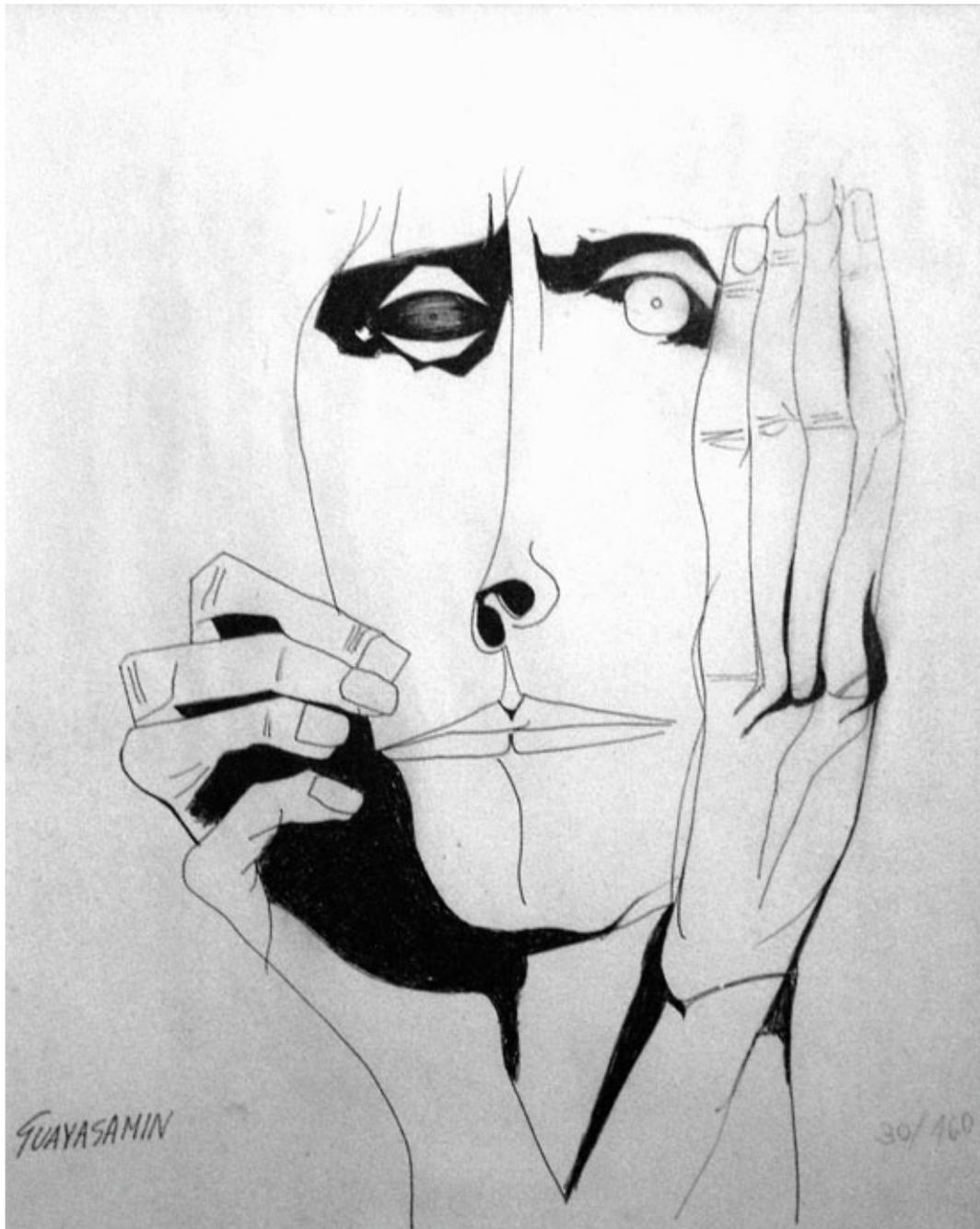
que siempre no era de disfraces y que solamente a una de las parejas no iba a avisarles para que fueran los únicos que llegaran disfrazados. Algo había oído ya de esa broma y me pareció estupendo verificarla. No imaginaba lo que yo iba a su-



Oswaldo Guayasamín, sin título

frir. Y en efecto, todos llegamos vestidos normalmente, menos la pareja que no fue avisada. Él iba de Marco Antonio y ella de Cleopatra. Al verlos entrar soltamos una carcajada. Primero como que se sorprendieron —o se asustaron o empezaron a enojarse—, pero terminaron por sonreír, qué remedio les quedaba. Al rato él pareció olvidar su disfraz, bebió dos coñacs de golpe y se integró a uno de los pequeños grupos que se formaron en el jardín. En cambio, ella a pesar de sus intentos no lo logró. Estoy seguro —y creo que fui el único que lo supo— que no lo logró. No dejó de sentir vergüenza en toda la noche y me la contagió. Durante la cena la observé con cuidado y se me fue el hambre. La imaginé alquilando el vestido, cuidando los detalles de los aretes y el collar, la laboriosa pintura de los ojos, las largas horas en el salón de belleza para que el peinado en forma de espátula le quedara impecable, como en efecto le quedó. La imaginé mirándose por última vez en el espejo antes de salir para comprobar que nada se le escapara, rectificar el disfraz de su marido, cuidar los pliegues de la ropa, los mechones de las sienes hacia el frente (era calvo), mostrarse orgullosa a sus hijos, que no saldrían de su asombro ni dejarían de proferir elogios. Y todo ello para llegar a la fiesta y ser los únicos disfrazados. Y en lugar de manifestar abiertamente su coraje y su vergüenza, tener que sonreír y parecer conformes con la broma. Yo, que no tenía que fingir, permanecí en silencio, sin probar bocado ni beber y viviendo un espantoso acceso de “mu”.

El “mu”, como se verá por estos relatos, es un sentimiento bellamente humano. Algo tiene de juego de espejos, de comunicación telepática, de intromisión en el alma ajena. He llegado a pensar que la gente que no siente “mu” es total y absolutamente inhumana. Aunque también lo opuesto es peligroso: el exceso de “mu” pone a todos nerviosos. El “mu”, como es lógico, provoca más vergüenza en quien sintió primero la vergüenza. Y si es una persona acostumbrada a sentir “mu”, va a saber enseguida que la otra lo está sintiendo por ella, con lo cual el sentimiento se multiplica a través de una larga y dolorosa reacción en cadena. Sucede con los actores



Oswaldo Guayasamín, sin título

nerviosos: un error trae en consecuencia otro error, y otro más, hasta el desastre final. O con un pobre conferencista que, antes de empezar, descubre a alguien entre el público que está sintiendo “mu” por él. Por más que intente evitar esa mirada pugnaz y concentrarse en el tema que va a tratar, el “mu” ha quedado flotando en el ambiente y sin remedio impregnará de ridículo cada uno de sus movimientos y de sus palabras. Y es que quien es hipersensible al “mu” siempre cree que lo dirigen a él.

Yo la vez que más he sentido “mu” fue con un viejo amigo de mi padre: un hombre alto, orgulloso, siempre impecablemente vestido, que heredó mucho dinero

y lo perdió luego en un mal negocio. A ese señor, al que tanto admiré de niño, lo descubrí una tarde fuera de un supermercado vendiendo empanadas. No me reconoció —teníamos años de no vernos— y se acercó con cara de súplica a ofrecérmelas: “Mire usted qué sabrosas empanadas, señor, pruebe una, están hechas en casa, lleve algunas para su cena, señor, mi esposa personalmente las ha preparado esta misma mañana”. Le compré todas las empanadas y soporté durante horas los estragos que el “mu” hizo en mi ánimo.

Una sociedad que reconozca y fomente el “mu” será menos agresiva, menos orgullosa y menos solemne. Por eso, mientras haya “mu” hay esperanza. **U**